

Historia del Vicariato de Hunan y sus trastornos desde su fundación hasta el año 1889, por el P. Benito González

POR
TEOFILO APARICIO O. S. A.

II (*)

La ciudad de Chang-teh es excesivamente húmeda, debido al río Yuen-Kiang que corre a lo largo del muro, formando una bonita curva, y haciendo así de aquel lugar un puerto seguro y defendido de los vientos. El P. Benito que, como llevamos dicho, es al mismo tiempo el hombre del pensamiento y de la acción, busca recursos por todas partes, suplica a la piedad de los fieles, trabaja personalmente por reunir el material necesario y en breve, con el menor coste posible, ha levantado un segundo piso a la antigua residencia, donde podrá vivir seguro durante la época de las inundaciones, sirviendo también de atalaya sobre las demás dependencias de aquella importante Misión. En 1905 la obra está totalmente terminada; mas nuestro héroe—¡bendito sea Dios que así le prueba!—no podrá gustar del fruto de su trabajo. Este mismo año es trasladado a la misión de Ts'eli, sucediéndole en la de Chang-teh el P. Juvencio Hospital.

(*) Véase *Archivo Agustiniiano*, enero-abril (1952), págs. 81-107.

Hablando de esta última misión escribía en su Diario: «Casi todos los bautizados y catecúmenos viven en el centro de la ciudad, y hay entre ellos muchos que son gente de letras y tienen con qué vivir holgadamente; algunos de ellos hasta pueden ostentar títulos nobiliarios... Es una cristiandad que nació ayer y ya tenemos vírgenes castas y viudas continentales, almas celosas por la gloria de Dios y una emulación santa para extender el reinado de Jesucristo y bendecir su santo nombre (1).

Sin duda que al escribir estas palabras, aludía nuestro héroe a aquella admirable mujer de Ts'eli, por nombre Siang, mientras estuvo afiliada a la secta de los «Ayunantes», e Isabel, una vez que se hizo cristiana, cuya vida santa, penitente, abnegada y apostólica, está tan íntimamente relacionada con el establecimiento de aquella misión. De este gran «apóstol de Ts'eli»—como fué calificada ya en vida—escribía el mismo P. Benito: «Cuando yo me paseaba (en 1902) por las calles de Ts'eli había una anciana de sesenta y seis años que seguía todos mis pasos, y se alegraba allá en sus interioridades, si cabe, más todavía que yo, de mis nuevas conquistas, y por ella creo guiaba Dios mis pasos. Gemía la infeliz bajo el peso de una inmensa desgracia que, el día antes de llegar yo, le había enviado Dios como última prueba. Un voraz incendio acababa de destruir su casa-comercio, que era uno de los mejores de la ciudad. Llevaba más de cuarenta años de casta viudez y treinta y uno de ayunos rigurosos, como lo suelen hacer los que abrazan la secta de ayunantes a que pertenecía también ella. Al poco de ingresar en la secta conoció su falsedad y, no obstante, cumpliendo rigurosamente sus prescripciones, vivió durante aquel largo período esperando encontrar lo que llenara su espíritu, siempre conven-

(1) Terminada la revolución boxer, el P. Benito se dirigió a Yuengkiang en 1901 y logró del mandarín la indemnización de la iglesia por los daños sufridos. El dinero se invirtió en la compra de otro solar y casa en distinto sitio, muy superior al primero.

cida de que tarde o temprano vendría el deseado momento de hallar la verdad que buscaba. Todos los libros de la secta y cuantos llegaban a sus manos los devoraba con avidez... (1).

Sin que el P. Benito los buscara surgen conflictos entre el misionero católico y el pastor protestante. Se temió al principio por todos; principalmente por el grupo de neófitos que acudía todas las tardes a la doctrina y que en adelante se verían molestados por los del campo enemigo. Mas la actitud de nuestro héroe, valiente y decidida en todo, y la discreta intervención del Sr. Obispo, Ilmo. Padre Luis Pérez, hicieron que todo aquello terminara en paz.

El hombre del paisaje:

Sería interesante trasladar a estas páginas todo cuanto nuestro misionero dijo, escribió y sintió sobre la tierra sagrada de Confucio. Y transcribir también algunos párrafos del importante y ameno estudio que publicó en la revista «Ciudad de Dios» con el título de «Los Chinos pintados por un testigo de vista»; estudio que le acredita de fino y perspicaz psicólogo, conocedor a fondo del carácter y costumbres chinas.

Era el P. Benito un hombre enamorado de la naturaleza y del paisaje. En una carta, escrita en 1902, describe así el viaje que hubo de hacer al distrito de Shen-chow.

«...Terminada mi comisión en Ts'eli—dice—, e interpretando favorablemente una cláusula de la comisión por la que el R. P. Vicario provincial me concedía un mes, quise aprovecharlo todo en ver tierras nuevas, tierras que, bien puede asegurarse, no ha pisado jamás ningún hijo de Jafet; y me determiné a cruzar aquellos montes.

«El día primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos, celebrada muy de mañana la Santa Misa, emprendí la jornada. Mi comitiva se había aumentado con cuatro

(1) Bernardo, 323.

personas que el Mandarín había añadido para mi mayor seguridad; éramos, pues, diecinueve, y entre ellos iba el único que pudo hallarse en todos los contornos de la ciudad que supiese dirigir la caravana por aquellos bosques y malezas sin fin. El Mandarín, a pesar de lo intempestivo de la hora (eran las siete de la madrugada), salió a despedirme y a encomendar a los suyos prudencia en el camino.

»Ya estamos en marcha. A medio kilómetro de la ciudad empieza la primera estación de este largo calvario: una cuesta empinada, mayor que cuantas hemos pasado en todo el trayecto desde Chang-teh a Ts'eli, recibe nuestros primeros saludos.

»Desde la cumbre, el panorama que se ofrece a la vista es aterrador para el que tenga que andarlo. ¡Parece increíble que se halle todo tan escalonado, y palmo por palmo conquistado por los hijos de Sen, lo que por su configuración creeríamos no podía tener otro destino que para madriguera de tigres y bestias salvajes! No se descubre cordillera alguna en cuanto alcanza la vista a la redonda; ni un palmo apenas de tierra llana recrea al espectador, si no es la lengueta, donde se halla sita la ciudad, y algún islote que desde los tiempos diluvianos ha venido siguiendo el antojo del río en aparecer este año para ser barrido al siguiente. Cientos y cientos de leguas están sembradas de conos que se tocan por su base, unos de cúspide más roma y otros más aguda; éstos, empinados a la altura de gigantes, y aquéllos rebajados a la categoría de pigmeos; y éstos y aquéllos alfombrados y llenos de eterno verdor desde su base hasta la cúspide, y muchos de ellos vírgenes, no hollados jamás por planta humana por su excesiva pendiente. Aquí truena el rayo, más aterrador que en otros países, y brama la tempestad, y se forma el nublado avieso, preñado de todas las cataratas del cielo, que, reventando luego en lluvia desatada, satura de agua a todos los ríos, torrentes y manantiales, y causa esas avenidas enormes, que en años, como el pasado

de 1901, llenan de consternación y lágrimas a los habitantes de las llanuras.

»No se diga que son las nieves, no; pues las nieves, en toda la vertiente del caudaloso Río Grande, desde que brota allá en las ignotas montañas del Tibet, hasta que desemboca junto a Shanghai, son insignificantes para reunir tan enorme cantidad de agua...

»Si pendiente fué la subida, lo era mucho más la bajada, bien que, como hacia abajo el carro rueda, el cansancio del subir se compensaba con el descanso de bajar, que para mí, tomándolo de prisa, me causa verdadero placer. Al fin de la cuesta topa el viajero con un largo puente de hermosas pilastras de piedra labrada, y lo demás construído con gruesas maderas y entarimado, con rejilla a los dos lados, y encima cubierto todo él con teja vana, para que las maderas no se pudra, me dijeron (y para descansar el viajero, me dije yo). Es un nuevo sistema que he ido después observando en casi todos los puentes hasta Shenchow, mucho menos numerosos que en el camino de Changteh a Ts'eli, y también menos costosos. En las purísimas aguas que corrían por debajo, se veía jugar y revolverse a numerosos pececillos que, a decir verdad, sólo se parecen a las truchas con que yo jugué no poco de muchacho. Este riachuelo todavía tributa sus aguas al de Ts'eli, y es el mismo de que quedó hecha mención, al hablar del hermoso puente de tantos ojos.

»Aunque desde la altura ningún llano se domina, en bajando a la hondonada, todavía queda uno gratamente impresionado con las dehesas, que a veces ocupan las riberas de los arroyos, formadas por lo común a fuerza de constancia y trabajo, con inmensos terraplenes contenidos por gruesos paredones, y recostadas al pie del monte las moradas de los ganapanes, por grupos, y entre ellas, las más de las veces, una de mejor porte con paredes de ladrillo y muchos cuernos blancos y salientes por encima del

tejado. Allí vive el titulado régulo del pueblo, cuando no de la comarca.

»Por tales hondonadas y sinuosidades caminamos medio día sin notar grandes variantes en el panorama.

»A las cinco de la tarde llegamos a pernoctar a un pueblo pequeño y de bastante buen aspecto, que llaman Long-ten-jo, distante seis leguas de Ts'eli, en la orilla de un río que hacen navegable por medio de represas, y de ahí toma el pueblo su importancia, y de los muchos molinos toscos y rudimentarios que junto al río tienen contruídos para descascarillar el arroz y moler, o mejor, triturar toda clase de granos, aprovechándose de la fuerza con que embisten al volante las aguas represadas al soltarse, haciéndolo entrar en vertiginoso giro por algunos minutos. El riachuelo este ya da sus aguas al de Chag-teh, en el que desemboca cuatro kilómetros más arriba de Ho-fu.

»Mi cama esta noche fué el duro suelo, mullido con paja. Escogí este modo, no porque no hubiese cama, sino para librarme de los importunos insectos que en otras ocasiones me chuparon la sangre, y lo escogí con tan mala suerte, que por huir de Escila me hundí en Caribdis; porque el mesonero debió obrar con tan mala fe, que en vez de paja limpia, nos trajo la que había servido de cama a los perros; y con esto basta para saber si nuestro sueño sería tranquilo.

»Con el nuevo día despertamos y nos pusimos otra vez en camino; y a poco de andar, tropezamos con dos baluartes hechos de adobes, que medirían unos cinco metros de altura por uno de diámetro: eran cuadrados. Aquellos dos torreones eran los altos hornos que usan los chinos para liquidar el hierro nativo, que explotaban en abundancia muy cerca de allí.

»Al dar vuelta al recodo, halléme de improviso frente a una de estas eras, donde estaban sentadas muchas mujeres y niños. Al verme asomar con mi comitiva por tan cerca de ellos, se echaron la mano a la boca para contener la

risa que, sin poderlo remediar, asomaba a sus labios, y ni así pudieron contenerse, levantándose de repente al son de una gran carcajada, y retirándose dentro de casa para reírse más a sus anchas. Las mujeres, sin mudar de postura, se reían también, aunque más cortésmente; yo me reía de igual modo con ganas, al mismo tiempo que las miraba, como pidiendo una explicación. No tardó en dárme la cumplida una de ellas, poniéndose de pie y diciendo: «¡Dispense usted, caballero!» Y al pronunciar estas palabras, se reía con mayores bríos y torcía el rostro para disimularlo. ¿Y de qué se reían? De mis barbas. A los santurrones de la antigüedad y a los gigantes de sus comedias los pintan o esculpen siempre con barbas muy largas, y ahora, al verme, decían que «un hombre antiguo había vuelto a la tierra». Y riéndonos del caso y de la ocurrencia, acometemos la subida de otra cuesta empinada, que hace sacar la lengua...

»Más tarde, nos ocultamos en un profundo laberinto, que parecía no tener salida, y después de andar largas horas por él sin tropezar con viviente humano apareció entre la espesura y lobreguez de aquellas cavernas un punto más alumbrado, y en ese punto una casa de regular aspecto. Allí paramos a comer, porque aquello, aunque no tenía visos de mesón ni cosa que lo pareciera, al fin albergaba seres humanos sujetos a las mismas necesidades, y eso bastaba, y la hora de las doce la más que competente para estómagos ayunos como el mío. Allí, luego de tomar asiento, me pasó una escena que me hizo reír con ganas. Una vieja setentona se me acercó con muchos requiebros y me hace una profunda reverencia, y tras ella otra, y luego empieza a cogerme las barbas y atusarlas diciendo: «Un hombre tan feliz, ¿cómo por estas tierras?» Y no acababa de admirarse, ni yo de reírme, y me decía: «En qué cosa tan baladí ponen la felicidad estas gentes.» Luego trajo a mi presencia un biznietecillo para que contemplara al *hombre feliz*. Poco después advertí que en las ásperas cuevas

de enfrente crecían algunos castaños raquíuticos, y usando o abusando de la misma confianza que la vieja había usado conmigo, le pedí castañas, y me sacó en seguida una *ambueza* de ellas, y se vió que le dolía en el alma no tener abundancia para darme muchas más. Claro está que ello no podía sospechar, ni remotamente que fuese de otra raza, ni que en el mundo hubiese más gente que la china.

«... Para alivio de mis pesares, caminando por la ladera de un monte, casi vertical por lo empinado, y por una estrecha senda cavada en la dura roca, teniendo a mis pies un despeñadero que no bajaría de 30 metros de profundo y el río por lecho, uno de mis silleros, el de atrás, perdió el nivel y se cayó, y la silla quedó en el aire con todo mi cuerpo pendiente del precipicio. Gracias a uno de los soldados de guardia que caminaba tocando a la silla, no se despeñó el sillero; y gracias también a que yo iba muy sobre aviso y sin portezuela, y al sentir el movimiento brusco me agarré a unas ramillas de encina enana que crecían en la roca, o mejor, gracias al Angel Custodio que puso debajo de mí su mano, no despeñé. Allí mismo salí de la silla, en la que no volví a sentarme aquel día, andando cuatro leguas sin parar y obligándolos a ellos a seguirme contra su voluntad. A la puesta del sol, y después de largas horas de caminata por aquella pendiente, cuya sola memoria me eriza los cabellos, salimos a un mundo más despejado, junto a las orillas del río Tse-kiang, o sea el que viene de Shen-chow, por un pueblecillo bastante comercial levantado en la roca que llaman *Ton-lin-ki*.

»Ninguna fiera he visto por aquellas tan dilatadas espesuras. Tigres y jabalíes dicen que los hay, pero escasos; y no es de extrañar, pues aun en los mayores precipicios se ve todavía la mano del hombre, y donde ésta no puede penetrar, lo incendian y ponen por todos lados en conflagración, de modo que perezcan cuantos bichos encierra en

sus senos, o se vean obligados a huir y esconderse en an-tros más recónditos» (1).

Así sentía nuestro héroe del paisaje chino; y de este modo describía cuanto pudieron contemplar sus ojos en aquellas jornadas costosas, más felices y hasta, si se quiere, de alpinismo y diversión. No volverá el P. Benito a gozar de unos días tan alegres como los que pasó en compañía de aquellos buenos «silleros» que casi me lo despedían por un torrente y de aquellos fieles soldados de guardia que sabían en ocasiones hacer de *silleros*.

Sencillez de Apóstol.—«He visto mucho en China—escribía en 1909 el P. Benito González—y he oído mucho más. He estado en la provincia de Se-chuam y he tratado bastante con sus misioneros, y sé que ni allí, donde se hallan las cristiandades más antiguas y mejor cimentadas en China, ni en la de Keieichow, se encuentran iglesias y residencias que puedan compararse con las que nosotros tenemos. He pasado en la provincia de Hupe gran parte de mi vida de misionero, obligado por la necesidad, y puedo decir que he estudiado a fondo la constitución de aquellas cristiandades, y en vez de iglesias no he visto sino cabañas de pastores y quizá albergues de santos» (2).

Por lo que respecta al método de misionar, le gusta el que siguen los PP. Franciscanos, los cuales «tienen el tiempo distribuido de tal manera, que, durante varios meses, van de visita en visita formando un círculo que cierra al espirar el año. En cada una de las estaciones tienen un catequista, o sea un cristiano de buena conducta y de los más instruidos y pudientes de la cristiandad, el cual nada paga ni recibe por tal título; vive en su casa, como cualquier otro vecino, y tiene el deber *sub levi* de congregar a los cristianos para que recen en la casa del mismo todos

(1) Diario, cit. por Bernardo, 338.

(2) Nuestro misionero visitó por primera vez Ts'eli en 1902, cuando, por encargo de los Superiores, subió a recibir la donación que se les hacía, con el fin de fundar allí misión. La escasez de operarios no permitió por entonces su establecimiento definitivo.

los domingos y fiestas de guardar. Si se suscita alguna querrela entre los cristianos, o entre cristianos y paganos, al catequista pertenece ventilarla y poner paz, y si no lo consigue, lo pone en conocimiento del Padre, y se ajustan a lo que él resuelva. Además, y esto es lo importante, es obligación del catequista reunir fondos, si la cristiandad no cuenta con ellos, para mantener al misionero durante la visita que les haga y pagarle el viaje hasta la estación más próxima. Por fin, es de la incumbencia del catequista administrar los fondos de la cristiandad, si los tiene, y dar cuenta de todo al misionero una vez al año. Estos fondos los han reunido por escote los mismos cristianos, o provienen de los diezmos que se han convenido en satisfacer anualmente o cosa parecida.

«El misionero, en estas excursiones, convierte en casa e iglesia la del catequista, donde nunca falta una habitación limpia y aseada, y el aula central la transforma en capilla por el tiempo que en aquel punto permanezca, si es que no son algo así como capillas permanentes donde los cristianos se reúnen para sus rezos» (1).

Ya se ve que el P. Benito habla seguro de su libertad, y que sólo se trata de buscar el medio más práctico y asequible para ganar las almas. Kuang-Hsu, el joven Emperador de China, es el primero en reconocer la libertad que asiste al misionero católico para enseñar a las gentes la doctrina de su Maestro. Por otra parte, las dificultades iban desapareciendo de día en día... «El espíritu de los misioneros—escribe el cronista refiriéndose a estos años—era inmejorable, el desahogo cada vez mayor, las viviendas no carecían de comodidades, se construían templos, la seguridad hallábase garantizada por el protectorado oficial, y las dificultades y zozobras de años anteriores habían desaparecido» (2).

(1) Diálogo, 28.

(2) Para evitar que, en adelante, fuesen molestados los católicos por los protestantes, se firmó un convenio en virtud del cual se impedían posibles vejaciones entre unos y otros

Nuestro héroe opta, pues, por el método antiguo: «por la primitiva sencillez».

Le gustaría trabajar como los misioneros llamados «ad Exteros», que son la flor y nata de los Seminarios de Francia. Y quisiera ser como ellos; pues «por su ardiente celo y acendrada caridad pueden servir de modelo para muchos, si se exceptúa el no estar ligados con voto alguno de pobreza, pues cada cual dispone como bien le parece de lo suyo».

Quizá haya quien piense sea un atraso imperdonable vivir ya en casas humildes, en tanto los protestantes levantan suntuosos palacios, escuelas y sinagogas ganándose con ello la simpatía de las gentes... ¿Qué importa?... «La conversión de las almas—argüirá el P. Benito—no proviene de la suntuosidad ni del lujo, sino de la sencillez de apóstoles, ayudados de la divina gracia». Y alegaba en su abono las palabras de un santo Obispo, pronunciadas en ocasión en que sus diocesanos pedían erigiese un templo que perpetuara su memoria: «Trabajemos—dijo—por levantar muchos templos vivos que sean digna morada del Espíritu Santo, y tras éstos vendrán los templos materiales donde los vivos den culto a Dios.»

El P. Benito, hombre práctico, enseña y propone—tenemos en cuenta que se trata nada más que de criterios personales, aceptables una vez, discutibles siempre—que la predicación a los infieles debe ser circunstancial. «Quiero decir, que cuando los paganos acuden a curiosar—escribe nuestro misionero—, entonces es la ocasión precisa de predicarles: despliega tu celo, insinuándote por medio de chascarrillos que espontáneamente brotarán de tu contenido fervor, de modo que los dejes captados de tu benevolencia y sencillez. Cuando vuelvas a visitarlos, lejos de huir de ti y mirarte con prevención, te saldrán a recibir y se colgarán de la ropa» (1).

Uno de los medios que considera él más eficaces para

(1) Carta del P. Benito González, cit. por Bernardo, 343.

el logro de la semilla evangélica, es el que emplearon nuestros misioneros y gloriosos mártires del Japón: el de la catequesis por medio de varones instruídos, buenos cristianos—como lo eran aquellos japonesitos terciarios agustinos—, a los que se pueda encomendar el cuidado de las estaciones, «para que instruyan en los rudimentos de la fe y de la doctrina cristiana a cuantos se acercan, y especialmente a los que se han inscrito como aspirantes».

Yo quisiera ver en pocos años el Vicariato—continúa diciendo el héroe—cuajado de estas estaciones con sus catequistas, y a los misioneros en continuo trajín, repartiendo el tiempo de modo que al año las visitaran todas por lo menos dos veces, y que cada vez se detuvieran en cada una quince días, cuando menos, para sostener a los débiles, fortalecer a los flacos, inflamar a los fuertes, señalándoles los caminos de perfección más seguros, introduciéndolos por estos caminos y alentando a todos con su presencia.»

Trágica muerte de tres héroes.—«El día 15 del mes de abril, hace ya treinta y tres años—escribía un viejo misionero en 1943—, allá, en China, y en aguas del caudaloso río Yahg-Tse-Kiang, murió providencialmente ahogado el primer Vicario Apostólico de Hunan Septentrional, Excmo. y Rvmo. P. Fr. Luis Pérez, esclarecido miembro de la Orden Agustiniiana por sus grandes virtudes misionales y predilecto hijo de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas.»

Con el Vicario murieron también el P. Agustín de la Paz y nuestro héroe P. Benito González.

Alguien pensó que el golpe fué debido única y exclusivamente a un mal paso de la voluntariosa fortuna. Aquello no fué otra cosa—nos dirán—que la consecuencia, lógica y natural, de haberse embarcado en un misérrimo junco aquellos tres hombres, renunciando a los grandes vapores que cruzan el caudaloso río Yang-Tse. Mas el padre Anacleto Fernández, amigo íntimo del primer Vica-

rio Apostólico de Hunan, vió en ello algo más que un accidente fortuito. Vió, ante todo—como buen cristiano—una providencia, y también la realización plena del triste presagio que él solo oyera de labios del Sr. Obispo.

Ninguno con más autoridad que el citado P. Anacleto—misionero muchos años en aquel celeste Imperio y recientemente fallecido en nuestro convento de Valladolid—para relatarnos el trágico suceso. Preferimos, pues, su narración a la del historiador de las Misiones Agustonianas de China, el cual no hizo otra cosa en su libro que transcribir a la letra el artículo que publicara en la revista «España y América» en junio de 1910 (1).

La trágica muerte del Ilmo. P. Luis Pérez había sido pronosticada por él mismo cinco años antes del desenlace. «Como testigo presencial..., atestiguo con toda verdad—escribe el P. Anacleto—que dicho pronóstico se lo oí contar al mismo P. Luis, en nuestra residencia de Yochow a fines de Cuaresma del año 1910 y nada más salir de la Iglesia, terminados los santos ejercicios espirituales que en su compañía habíamos tenido...»

»Terminado, pues, el retiro espiritual y puestos a pasear por la galería de la residencia, se me ocurrió en buena hora comentar una agudeza que había oído contar al P. Saturnino de la Torre; y dirigiéndome al Sr. Obispo, con la confianza que nos inspiraba su trato de bonachón le dije:

—¿No le parece, Ilmo. Señor, que nunca mejor que en esta ocasión nos estaría de perlas lo del P. Saturnino de que «Dios nos mate con gracia y nos ajunte con salud en el cielo?» Sonriéndome como un bienaventurado contestó: «Por lo que a mí hace, espero que pronto se cumplirá eso del P. Saturnino; porque les digo con toda verdad que, ya hace algún tiempo que tengo este presentí-

(1) Bernardo, 363.

miento; de ningún modo puedo desecher de mí que voy a morir muy pronto y de repente...» (1).

El Sr. Obispo, llevando consigo al P. Benito González en calidad de su «teólogo», se ha puesto ya en marcha camino del Sínodo regional que va a celebrarse en la ciudad de Hankow.

El misionero de Yalan, P. Anacleto, se siente muy honrado con la presencia del Sr. Obispo en su casa, por lo que le invita a quedarse unos días en compañía suya y presenciar así el acto de inauguración del nuevo templo que tantos sacrificios y trabajos le ha costado. De paso, el P. Benito podía organizar algún festejo como él solo sabía hacerlo, quedando por cuenta del misionero residencial la preparación de los que habían de ser confirmados. A todo lo cual respondió el bondadoso Prelado:

—¡Pero qué pobre hombre y desgraciado es usted y cómo sueña con imposibles! Precisamente, mañana mismo y bien temprano, si Dios quiere, nos largaremos viento en popa hasta llegar sin parar a Hankow...

Al rayar el alba del día siguiente, el P. Benito, «buen madrugador», estaba ya en pie disponiendo los últimos preparativos para el viaje. Celebró el santo Sacrificio, y mientras hacía otro tanto el P. Agustín de la Paz, fué en busca del barquero que estaba contratado desde el día anterior. Horas más tarde la infausta barquilla arañaba pesadamente las flexuosas aguas del Yang-She-Kiang.

Aquella navecilla resultaba demasiado pequeña para las personas y equipaje que llevaba a bordo. El mismo P. Benito lo reconoció, algo contrariado por cierto, cuando a duras penas podía encontrar un rincón libre donde colocar las maletas del Sr. Obispo. Por lo que el P. Anacleto les aconsejó que, en llegando a Sin-Ti, bajasen a tierra y esperasen en la aduana del puerto la llegada de cualquier vapor que los condujera seguros a Hankow.

¿Por qué no se cumplió la promesa allí empeñada

(1) *Ibid.*, 364.

—«pierda V. cuidado y esté tranquilo, le habían dicho, que así lo haremos»—, por qué?... «Si te intriga saberlo te diré que, a juicio mío—transcribimos a la letra las palabras del veterano misionero—debió ser, en primer lugar, por el compromiso ya adquirido con el barquero junto con el pueril entusiasmo del P. Benito, quien al proyectar tal viaje, creyó sin duda que nada les había de acontecer debido a la experiencia de otros por él realizados en ocasiones semejantes» (1).

Júzguese de temeraria y atrevida cuanto se quiera la empresa; humanamente podemos hablar así... Era de noche y la barca no llevaba luz alguna. El Yan-She es surcado a cada hora por lanchas, pequeños vapores, y algún que otro transatlántico mayor. El P. Benito González tenía prisa por llegar a su destino. «Porque no diré yo que el Gan-sen-fu (nombre con que era saludado por los naturales) haya tenido toda la culpa de lo que nos sucedió—habla ahora uno de los remeros supervivientes a la catástrofe—, pero si él no hubiera sido tan exigente en no dejarnos apenas descansar, ni casi tiempo para comer y echar una chupada en la pipa, junto con la prohibición de que no saliésemos jamás de la corriente, quizá hubiésemos tenido mejor suerte». Y continuó diciendo: «Serían poco más o menos las dos y media de la noche cuando mi Lao-ti (primo hermano menor por parte del padre), cansado ya de tanto remar, volvióse hacia mí y dejando el remo delantero me dijo ¡ay!, Ko-ko (primo hermano mayor por parte del padre); estoy completamente rendido, exhausto de fuerzas y no puedo más; así que va a ser lo mejor, ahora que todos los Padres duermen, que dejemos nosotros el remo y que mi padre (era, efectivamente, hijo del patrón), dirija él solo con el timón la barca a merced de la corriente. A lo que yo contesté: Mira, Lao-ti; no hay más remedio, mi Lao-ti se animó y remando llegábamos ya casi a que hacer un esfuercillo porque dentro de cinco o seis ho-

(1) *Ibid.*, 363.

ras probablemente ya estaremos en Hankow, en donde tendremos todo el día para descansar... Con este razonamiento rebasar la tercera parte de la vuelta grande de los noventa Lis (nueve leguas), cuando inesperadamente me volvió a llamar para que me fijase si aquel resplandor que se veía adelante eran luces o no. Un poco sorprendido con el temor de que pudiera ser algún vapor, me fijé con toda atención, pero, sin darme cuenta de lo que era, todo de repente desapareció. Seguíamos, no obstante, remando sin salir de la corriente, cuando he aquí que, al poco tiempo, le entre un zig-zag o recodo de la vuelta que allí había, salió un vapor de guerra que a toda máquina subía precisamente por donde nosotros bajábamos, el cual, presentándose a modo de corso inesperado, sólo nos dió tiempo para avisar al P. Benito del peligro en que nos encontrábamos, y, al mismo tiempo, con tan mala suerte se nos ocurrió virar con el fin de alcanzar la orilla y alejarnos del peligro, en el mismo momento en que el P. Benito sacó la cabeza y puso sus dedos para silbar, nos alcanzó, y, con el choque nos partió la barca por la mitad. Por lo que en un abrir y cerrar de ojos todos nos vimos hundidos dentro del agua. Menos mal que el capitán del barco, al notar el choque, paró de repente la marcha del vapor, y a esto es debido el que mi tío, el criado del Obispo y yo, nos hayamos salvado, que si no, a estas horas ninguno lo cuenta...» (1).

El trágico desenlace de aquella navegación era comunicado por el P. Juvencio Hospital a nuestro querido narrador con esta carta, lacónica y fría: «Querido Anacleto: ¡Horrenda y espantosa catástrofe! La barca en que iba a Hankow el señor Obispo con los Padres echada a pique por un barco de guerra inglés. Manda inmediatamente y sin pérdida de tiempo al lugar de la catástrofe alguna barca de esos cristianos y que les acompañen estos tres salvados del naufragio, por si acaso alguno de los

(1) *Ibíd.*, 367.

Padres se ha salvado. Dios lo quiera. Pero ¡qué inmensa desgracia, Dios mío! Yo salgo inmediatamente para Hankow con el fin de comunicar al P. Pons lo sucedido y ver si desde allí podemos hacer algo por los náufragos.—Tuyo afectísimo, Fr. Juvencio» (1).

Y la conjetura de primera hora vióse confirmada en comunicaciones subsiguientes: «Es lo más verosímil—escribía un misionero—que todo haya ocurrido en la siguiente forma: Nuestros desgraciados misioneros bajaban a Hankow en un «junco» chino, cuando el barco de guerra inglés *Thistle* subía para Tchang-sa. De noche y sin luces bajaba por el Yang-The la pequeña embarcación en el momento en que el buque inglés subía a toda máquina. Es de presumir que los Padres vendrían durmiendo, por la hora en que ocurrió el choque; y despertaron en mejor vida, dejándonos anegados en un mar de lágrimas» (2).

«Ocurrió el naufragio—contaba al Provincial el citado P. Juvencio—el día 15 hacia las tres de la mañana. El 13 habían salido de Yochow, y al día siguiente a primera hora, tomaron una barquichuela en Yalan. Aprovechando el viento favorable, andaban de noche hasta la hora en que ocurrió la catástrofe...» (3).

Así cayeron estos tres héroes agustinos. De este modo, tan trágico, tan triste, en la noche del 15 de abril de 1910 y ahogado en aguas del Yang-She-Kiang, encontró la muerte este incansable y batallador misionero que llamamos Fr. Benito González.

¿Cuántos años estuvo en China el P. Benito González? ¡Casi treinta! Treinta años de misionero en un país como el de Hunan y a principios de siglo, es decir, cuando aquello comenzaba a ser campo de labor... Nos parece muy exacto el elogio que el docto historiador P. Gregorio de

(1) P. Anacleto Fernández, «Apostolado», Revista Misionera de PP. Agustinos de Valladolid, Valladolid, 1943, 136.

(2) España y América, Madrid, 1910, 498; Historia de las Misiones Agustonianas en China, 382-84.

(3) Apostolado, 139.

Santiago Vela tributa a nuestro héroe: «El P. Benito González—dice—fué uno de los primeros misioneros que penetraron en Hunan Septentrional, región completamente pagana y en la que todo había que esperar del espíritu de abnegación y sacrificio de los que tenían que comenzar por ofrecer sus vidas por la salvación de las almas, y cumplió como el obrero del Evangelio la labor que le fué encomendada, viendo recompensadas sus fatigas con el ingreso de muchos fieles en el redil de la Iglesia Católica.

»Su carrera fué larga, permaneciendo constantemente en China ocupado en las tareas apostólicas y en ganar almas para Dios, sin otro fin que cumplir con la misión que voluntariamente había abrazado ni esperar premios de los hombres. La Provincia, que le contaba entre uno de sus hijos, sin embargo, no le tenía en olvido, y en consideración a sus trabajos prolongados en Hunan se propuso darle una muestra de aprecio, consiguiendo para él el título honroso de ex Provincial de gracia en 5 de abril del año 1905» (1).

(1) *Ibíd.*, 261.